

ALFABETO RELACIONAL: de la relación intrapersonal a la alteridad

MARTA BURGUET ARFELIS

Doctora en Pedagogía. Profesora del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Barcelona. Coordinadora académica del Máster en Conflictología de la Universidad Oberta de Catalunya. Miembro del Grupo de Investigación en Educación Moral – GREM

*"Nadie educa a nadie,
nadie se educa solo,
los hombres se educan entre sí,
en comunión" (Paulo Freire¹)*

La sociedad agraria se regía por un tipo de costumbres y requería unos aprendizajes que los mismos padres transmitían a los hijos, y cuya complejidad se veía solucionada con el trabajo diario en los quehaceres rurales. La sociedad industrial comportó, además, unos aprendizajes mucho más estructurados con la finalidad de introducir a los empleados en el trabajo en red que se llevaba a cabo. Era la misma industria en el propio espacio laboral la que ofrecía esa formación, aunque reducida a lo que para el trabajador era preciso en su laboralidad concreta.

Por otro lado, la sociedad de la información ha acelerado estos cambios de tal manera que un anciano muy habilidoso y capaz en la sociedad industrial, se ve inhábil para realizar algunas gestiones en la sociedad informatizada. Sacar una entrada para el teatro puede suponer un problema para quien no se maneje con los 'botones' de un

¹ Freire, P. (1995) *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI, p. 54.

cajero automático, y pedir al nieto que haga ciertas operaciones de este tipo es un gesto muy habitual.

Así pues, para que las nuevas tecnologías no acaben siendo una nueva forma de exclusión social habrá que paliar el analfabetismo funcional desde la educación, ya sea con las personas mayores, ya sea desde la infancia introduciendo los niños a este manejo de tecnologías novedosas.

La instantaneidad, la inmaterialidad, la innovación, la inmediatez, son características que dificultan el aprendizaje para quienes han vivido muchos años de su vida con un mismo televisor sin mando a distancia y sin más botones que el volumen y encendido y apagado.

Invertir tiempo, espacios y economía a favor de esta educación es evitar una nueva forma de exclusión social y favorecer que las personas mayores puedan cocinar en su microondas, ir a ver un espectáculo o actualizar su cuenta bancaria de forma autónoma y libre contando con sus capacidades personales.

Sin embargo, las nuevas formas de analfabetismo han ido creciendo. Refiriéndonos al Informe Delors de la Educación para el siglo XXI, como espectro de esos cuatro pilares en los que sostener nuestra educación: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser; descubrimos analfabetismos en cuánto a nuestro manejo de la vivencia con otros y otras, así como en relación al desarrollo de nuestro propio ser autónomo y responsable.

LA IMPORTANCIA DEL VÍNCULO COMO GARANTÍA PARA ALFABETIZAR EN EL CONVIVIR

Muchos han sido los filósofos, sociólogos y pedagogos que han señalado la importancia de reconocer que crecemos y nos hacemos por interacción con la alteridad. Desde la ‘insociable sociabilidad’ de Kant y la educación en comunión de Freire, hay grados muy diversos. Algunos han llegado a definirse como “soy yo y mis

otros” en conciencia de que nos construimos en interacción con los nuestros, desde el círculo de los más allegados hasta los más alejados, pero en definitiva por esferas de relación. Somos en función de las interacciones trazadas, las miradas cruzadas, las palabras escuchadas y emitidas.

El ser humano está en constante interacción. No podemos entender la persona humana sin esa relación, pues uno implica a otro y así en un enorme entramado relacional.

Garantía de un ‘vivir juntos’ de modo armónico será la vivencia y convivencia de aquellos constructos axiológicos que puedan favorecer estructuras relacionales sólidas. El tejido relacional, como eje central del con-vivir, puede fortalecer la implementación de tales valores y viceversa, éstos se verán manifiestos en tanto en cuanto haya relaciones más sólidas entre aquellos que vivimos juntos en un mismo marco espacio-temporal.

Desde la apuesta pedagógica por garantizar un vínculo de relación que impida contextos relacionales de indiferencia, destacamos tres círculos relacionales a trabajar: nivel intrapersonal, nivel interpersonal y nivel extrapersonal, entendido este último como aquellas relaciones que establecemos con el entorno social, ecológico o urbano.

Entendemos que el vínculo garantiza un nivel y una calidad en toda interrelación, y es por ello que consideramos el trabajo del vínculo como valor que posibilite crear esas redes relacionales suficientemente sólidas como para que los conflictos, roces, disrupciones conductuales... no impidan el restablecimiento de la relación y la convivencia armónica de la ciudadanía.

ALBABETIZACIÓN EXISTENCIAL PARA UNA INTRARELACIÓN PEDAGÓGICA

Cuando nuestro nivel de conocimiento para movernos socialmente con éxito, para vivir con nuestros conciudadanos -compañeros de trabajo, familia, pareja, etc.- se

desarrolla de forma armónica, podemos afirmar que estamos ante unos niveles socioafectivos favorables. De ahí que tratemos de sentar parámetros pedagógicos para reducir ese analfabetismo emocional que tan de moda puso Goleman recuperando el viejo término de inteligencia emocional. En esta línea, una persona estará emocionalmente plena en su desarrollo cuando su comunicación con el/los alter-ego sea gratificante y fluida. Pero para ello precisará de unos índices previos de bienestar que irán muy unidos al bien ser.

Es decir, para andar emocionalmente armónicos por la vida, precisamos una mínima estabilidad emocional con nosotros mismos que no viene tanto determinada por el estar bien con los demás e incluso con nosotros mismos, sino por el bien-ser cada uno en sí mismo. Nos adentramos con ello a términos filosóficos que tratan de sentar las bases para la aceptación de la propia existencia y la propia persona.

Ninguno de nosotros pedimos existir, y sin embargo, ahí estamos. Podemos, por tanto, pasarnos la vida peleándonos con nuestra existencia porque no pedimos estar ahí; o bien podemos alegrarnos de ello y vivirla en plenitud. De ambas posturas surgirán actitudes muy diversas en la vida, que llevarán a niveles de sociabilización totalmente divergentes.

¿Dónde tenemos, pues, el barómetro de nuestra seidad, de nuestro bien-ser? Posiblemente en la 'contentez', en el hecho de estar contentos con nuestra existencia, de valorarla positivamente y no desde la resignación -¡no me tocó otra que existir, pues a aguantar con ello!-. De ahí podremos percibir que entre existir y no existir no hay grados: o bien existo, o bien no existo. Por ello, el hecho de estar existiendo nos iguala a todos los contemporáneos. Los que no existen, no perdieron nada, pues no llegaron a poder percibir ningún sentimiento. De algún modo, la existencia nos es común a todos y no podemos valorarla como algo gradual. Por tanto, todos tenemos la misma valía en dignidad de existir: no hay comparaciones posibles ante las cuales no quedemos en un terreno de igualdad total. Nadie sale ganando ni nadie sale perdiendo. Por ello, ese termómetro de la existencia, el hecho de estar contentos, no nos lleva a vivir en el orgullo, pues todos tenemos ese mismo grado de existencia. Esta

alegría no puede enorgullecernos sino hacernos andar en lo cierto: constatamos que existimos. Pero sí que esa alegría puede hacernos pensar que nunca dejaremos de existir, lo cual sería un error.

Luego habrá modos de vivir, unos más en la opulencia, otros más en la mendicidad, unos más en sobreabundancia no sólo de bienes sino también de afectos y valoraciones, otros más en la pobreza de carencias relacionales y necesidades de reconocimiento, de saberse alguien para alguien, o de afanes de protagonismos... pero en definitiva compartiremos un mismo bien-ser si lo sustentamos en el mero hecho de estar existiendo, y no en las características de ese existir.

De ahí que el analfabeto existencial podamos definirlo como aquel que no se percató de que para existir no le falta absolutamente nada. Lo tiene todo. Está completo. "Nada le falta para ser algo en vez de nada"².

Sabiéndonos completos, al menos en algo, en existir, tenemos ya nuestro ser bien cimentado, tenemos nuestro bien-ser sustentado en aquello que no nos llevará a posibles envidias o comparaciones valorativas, porque todos partimos de un mismo denominador común. Luego los numeradores nos diferenciarán a todos, y de ahí los analfabetismos emocionales, funcionales, etc. que podamos ir creando o incentivando... pero al menos habremos resuelto el posible analfabetismo existencial: dándonos cuenta de que no nos falta nada para esta existencia. Con ello, los demás grados de 'analfabetidad' se disminuirán, porque partirán de la 'contentez' con uno mismo y con la existencia, partirán del entusiasmo. Partirán de estar en paz con algo, en un primer grado, con uno mismo, y de ello surgirá una estabilidad emocional a nivel de convivencia armónica, pues ya no hará falta competir con el otro, al menos en lo que hace referencia a ese denominador común.

Desde este punto de vista, las emociones surgen más armónicas, y cada uno se descubre más o menos emotivo, pero no por ello más o menos existente. Cada uno se descubre con más o menos sentimientos de alegría, de rabia, de tristeza o de

² Rubio, A. (1996) "Ser" en *Revista RE*, nº 7, p. 3.

creatividad... pero todos con la misma capacidad de aceptación de ser, de existir, pues de no ser como somos no habiéramos llegado nunca a existir. Y nuevamente de ello puede surgirnos el sentimiento de resignación: "pues si justo a mí me tocó ser yo... me tengo que aguantar y que me aguanten", pero también puede surgir una aceptación realista y entusiasta, no necesariamente conformista y resignada.

Estas serán las bases para un buen clima emocional en nuestras relaciones y en nuestra relación con nosotros mismos. De ahí, que todo aquello que no nos agrada de los demás, en lo más profundo de nuestro ser son características, rasgos, que no nos agradan de nosotros mismos y al vernos reflejados en nuestro alter-ego, nos provoca molestia.

Trabajar para educar en ese primer nivel de analfabetismo, el existencial, permite construir una base de relación con uno mismo desde la propia aceptación, que revertirá en la relación con cualquier otro, sea de la esfera de los próximos o de los más lejanos, sea de la esfera de los seres humanos o bien otros seres vivos e incluso inanimados. Constatar que todos tenemos un mismo alfabeto en la existencia, en el que no hay diferencias ni grados -somos, existimos-, permite construir los demás alfabetos desde el aprendizaje y el desarrollo, en mayor o menor medida, pero consolidado ya desde ese primer eslabón esencial.

De ahí la importancia de conciencia colectiva, de conciencia de que somos en tanto en cuanto los otros son, de que toda relación deviene pedagógica en tanto en cuanto de modo intrínseco nos educa –sea a nivel consciente o inconsciente, sea formal o informal, sea desde una relación dependiente o independiente-. La finalidad será construir formas de relación que nutran, y para ello autores como Martínez Guzmán hablan de relaciones de interdependencia, para enuclear la relación en esa obviedad pedagógica –una relación no puede no educar- y a su vez en el equilibrio entre dependencia e independencia. Nos construimos por relación. Por ello la conciencia colectiva se basará en que todo lo que es, tiene derecho a ser y seguir siendo. De ahí que sea garantía para impedir la exclusión.

En toda relación se establecen unos grados: desde buscar al otro, descubrirlo, reconocerlo (darle categoría de interlocutor válido), hasta conocerlo y maravillarse del misterio que cada uno alberga en su complejidad.

Proponemos el trabajo de fortalecer el vínculo pedagógico, conscientes del aprendizaje que se extrae de toda relación y de la capacidad educativa intrínseca, tanto en educación formal como no formal e informal, con la finalidad de responder a parámetros más realistas en esa consolidación de nuestro ser y nuestro seguir siendo en un marco de convivencialidad.

BIBLIOGRAFÍA

DELORS, J. (1996) *La educación encierra un tesoro. Informe en la UNESCO de la Comisión*

Internacional sobre la educación para el siglo XXI. Madrid: Santillana-UNESCO.

FREIRE, P. (1995) *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI.

MARTÍNEZ GUZMÁN, V. (2005) *Podemos hacer las paces*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

RUBIO, A. (1996) "Ser" en *Revista RE*, nº 7, p. 3.

VAN MANEN, M. (1998) *El tacto en la enseñanza. El significado de la sensibilidad pedagógica*. Barcelona: Paidós.

VAN MANEN, M. (2004) *El tono en la enseñanza*. Barcelona: Paidós.

www.realismoexistencial.org